

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO:

LIBERTAD

Seiza procuraba no mirar y concentrarse en su cicatriz. El doctor Bryony, por su parte, se había alejado unos pasos y ahora estaba dando la espalda a la prisionera mientras, aparentemente seleccionaba una herramienta de entre toda la variedad que poseía.

Alzó una pequeña herramienta compuesta por un finísimo cilindro de unos quince centímetros de longitud y apenas un cuarto de centímetro en la base. En uno de los extremos, la herramienta terminaba en una forma circular de un centímetro de diámetro, perpendicular a la otra base del cilindro.

Los pequeños ojos de Bryony estudiaron con detenimiento el instrumento de tortura. Su rostro se deformó en una horrible sonrisa cargada de sadismo y aspiró aire sonoramente como si quisiera reírse. Seiza no pudo evitar asustarse, aunque ni siquiera podía ver la herramienta.

El doctor se giró y se acercó lentamente a Seiza, con aquel el objeto metálico en la mano. El torturador extendió su mano libre para intentar acariciar la mejilla de Seiza; sin embargo, ella alejó su rostro, atemorizada, y Bryony se encontró tocando con las yemas de sus dedos el cuello y el cabello de Seiza.

El doctor Bryony comprendió que, como era habitual en su trabajo, no contaba con las simpatías de su víctima. Se encogió de hombros mentalmente y puso su instrumento de tortura delante del rostro de Seiza.

-Esto te va a doler un poco -dijo él, y después casi se echa a reír sonoramente-. ¿A quién engaño? Vas a sufrir mucho más de lo que habías creído posible, la palabra "dolor" adoptará un nuevo significado para ti...

Bryony acercó el instrumento al cuerpo de Seiza.

-Será mejor que no te muevas -dijo él-. Va a ser peor para ti.

Seiza aspiró aire y cerró los ojos.

Entonces se abrió la puerta de la mazmorra. El almirante Hoox, con su uniforme de oficial, entró erguido y flanqueado por dos de los soldados más fuertes que Bryony había visto. Hoox caminó hasta ponerse frente a la inmovilizada Seiza y adoptó la posición de firmes mientras los soldados presentaban sus rifles bláster, en diagonal sobre sus pechos. El doctor Bryony les estaba dando la espalda, pero se giró rápidamente al ver a su jefe.

-Todavía no ha hablado, señor -dijo el torturador-. Sin

embargo, estoy seguro de que, si me da algo de tiempo...

-Sus servicios ya no son requeridos, doctor -dijo Hoox sin mirarle.

Bryony miró a Hoox, confuso, y parpadeó varias veces en rápida sucesión.

-¿Disculpe? -preguntó.

-Se le abonará la cantidad estipulada -explicó Hoox-. Puede retirarse.

-Pero... -empezó Bryony, y después puso su mirada en los inmensos rifles bláster que llevaban los soldados de asalto. Cabizbajo, se acercó a la puerta de la mazmorra, casi arrastrando los pies y aún sosteniendo en la mano el instrumento de tortura.

-Nunca me dejan divertirme -dijo mientras llegaba a la salida.

Hoox no dijo una palabra. Cuando Bryony estuvo fuera, la puerta se cerró automáticamente, y el almirante habló al fin.

-Liberadla -ordenó a los soldados.

Los dos soldados abandonaron sus rifles y empezaron a trabajar con los grilletes. Introduciendo la clave que Hoox les había proporcionado, éstos se abrieron. Seiza se fijó en que la pasta endurecida que se había formado en los grilletes, se había adaptado rápidamente a la forma de sus manos: Aún se podían ver sus huellas dactilares en la construcción solidificada.

Pero entonces, mientras se frotaba de nuevo las muñecas, miró a Hoox, y el odio empezó a hacer que le hirviese la sangre. Ese hombre, ese monstruo traicionero que...

-Supongo que puedes caminar -le dijo Hoox, interrumpiendo su cadena de pensamientos.

Seiza en silencio le miró, levantó una ceja y sin mediar más gestos le sacudió una sonora bofetada en el lado derecho de la cara que hizo que Hoox torciera la cabeza. Los soldados de Hoox se miraron mutuamente.

-Sí, ya veo que no estas mal del todo -dijo Hoox algo atontado-. Te ruego pues que me acompañes.

-¿De qué estás hablando? -preguntó Seiza.

-Debo enseñarte algo -dijo Hoox, enigmáticamente.

-Olvidalo -le replicó Seiza-. Si es otro de tus trucos para averiguar la localización de Ashla...

-De pronto, Ashla ha dejado de importarme -dijo Hoox, interrumpiéndola de nuevo.

Ella se quedó aturdida por esta revelación. Hoox no parecía mentir.

Claro que no sería la primera vez que la engañaba.

Seiza meditó pragmáticamente un instante. La opinión que ella tenía de Hoox era increíblemente mala, y pensó que tal vez era preferible ser torturada antes que pasar un solo instante más con él.

Pero una fracción de segundo después, comprendió que no

era cierto.

En ese momento, dos hombres le habían presentado enigmas, y ella podía averiguar la respuesta a uno. La conclusión era que prefería averiguar qué quería enseñarle Hoox, y no qué podía hacer Bryony con esa cosa redonda al extremo de un cilindro.

-Está bien -dijo Seiza-. Tú ganas, como siempre. Vamos.

-Seiza... -empezó Hoox.

-Espero que tengas algo importante que enseñarme -le interrumpió ella-. No malgastes mi tiempo.

Hoox comprendió que Seiza estaba muy enfadada con él, y que no le faltaban razones para estarlo. Se sintió repentinamente muy triste, pero controló sus emociones para permitir que le invadiese la preocupación.

Hoox se acercó a la puerta, y Seiza le siguió. Él le estaba dando la espalda, y ella comprendió que podía atacarle en cualquier momento. Sin duda, después de haberla sacado de su celda, no planeaba ejecutarla, ni nada parecido; para eso, habría sido más fácil dispararle mientras estaba atada.

Hoox se introdujo en un tubo elevador e hizo una señal a Seiza para que ella también entrase. Habría sido muy fácil derrotar a Hoox, hacerle una presa en el cuello y, cuando el tubo elevador parase, exigir una lanzadera a cambio de romperle la nuca al almirante.

El tubo frenó sin que Seiza hiciese ninguna de esas cosas, y el almirante caminó hasta estar delante del laboratorio donde se estudiaba al "objeto". La pared volvía a ser opaca y no dejaba pasar la luz, pero esta vez Hoox iba a entrar.

Hoox no dijo nada hasta que alcanzó la puerta. Por mera cortesía, hizo un gesto para que Seiza pasase, pero ella, de brazos cruzados, se negó con la cabeza. Hoox entró primero.

Los científicos, que ya no estaban allí, lo habían dejado todo perfectamente recogido. Seiza miró a su alrededor, en busca de lo que fuese que Hoox quería enseñarle.

Y entonces se fijó en un contenedor cilíndrico lleno de una sustancia líquida transparente. En su interior había una criatura alienígena, con una gran cabeza con inmensos ojos compuestos. El cerebro de este alienígena era increíblemente grande, y no tenía una boca en ningún lugar visible. Su cuerpo era muy pequeño en comparación con su cabeza, y en vez de brazos y piernas poseía una gran cantidad de tentáculos. Su pigmentación era de un azul muy pálido, algo que Seiza nunca había visto... en ningún otro representante de esa especie.

El alienígena parecía estar muerto: No se movía en absoluto, y tenía varios agujeros hechos con blásters.

Seiza miró fijamente al cadáver, y Hoox se puso a su espalda, mirando hacia el mismo punto.

-¿Lo reconoces? -preguntó Hoox.

-Por supuesto -dijo Seiza, con odio en su voz; odiaba a esas criaturas tal vez más que a Hoox, aunque éste era un duro competidor-. Es uno de los secuaces de Manendra, uno de esos kreogans.

Hoox asintió con la cabeza.

-Fue abatido en Kerritt -explicó.

Seiza puso los ojos como platos y se giró para mirar a Hoox.

-No puede ser -dijo ella.

-Supongo que sabes lo que Manendra planea hacer en Kerritt -dijo Hoox, con toda normalidad y sin mirar a Seiza.

-Planea hacerse con Kerritt, el sector y la galaxia. -Dijo Seiza con tono de preocupación. ¿Hasta dónde ha llegado?. ¿Controla ya Kerritt?

-No controla Kerritt todavía. -dijo Hoox-. Afortunadamente, mi guarnición logró detectar al kreogan. Al no saber qué era, enviaron un pelotón a investigar. El kreogan intentó dominar sus mentes, pero algunos de mis hombres tenían implantes cibernéticos en el cerebro para mejorar su puntería. Estas cosas -Hoox hizo un gesto despectivo hacia el kreogan- pueden controlar el razonamiento sináptico, pero el código binario les resulta mucho más difícil.

-¿No imposible? -preguntó Seiza.

-Con tiempo -dijo Hoox-, el control sobre la parte orgánica del cerebro habría bastado para impedir el uso de la parte tecnológica. Sin embargo, esos soldados eran de gatillo fácil y frieron al kreogan antes de que pudiese controlarles. Enviaron el cadáver al capitán Tryskho en cuanto pudieron; ellos no lo querían tener cerca.

-¿Cuándo fue esto? -pregunto Seiza.

-El kreogan fue abatido mientras tú estabas en Kerritt -dijo Hoox-. Aproximadamente un día y medio antes de que te fueses.

Seiza respiró aliviada. Halkias y Mhist estaban a salvo; los había visto después de ese momento.

Aunque no estaría de más comprobarlo más tarde, claro.

-Seiza, Manendra está expandiendo sus dominios -dijo Hoox. Seiza asintió.

-Somos los únicos que tenemos una esperanza de vencerle -explicó él-. Ahora somos inmunes a sus poderes mentales. Te necesito, Seiza. La galaxia te necesita.

Hoox hizo una pausa antes de volver a hablar.

-Debemos regresar a Stige y combatirle juntos. ¿Qué me dices? -terminó.

Seiza miró a los ojos del almirante. Comprendió que lo que decía era cierto, que Manendra era una amenaza para la libertad de la galaxia aún mayor que Hoox.

Se acercó al almirante, levantó las cejas, abrió los ojos, alzó la mano derecha y cruzó la cara del imperial con otra sonora bofetada. Hoox giró la cara hacia la derecha y

sintió cómo enrojecía su mejilla por segunda vez en pocos minutos.

-Antes de que siquiera te atrevas a pedirme algo, necesito comer algo decente -ordenó Seiza, enfurecida-. Y descansar: Tú has dormido toda la noche, pero yo no. Bacta para mis heridas, pero ninguno de tus médicos va a ponerme la mano encima. Y necesito algo que esté menos roto que lo que llevo ahora. Entonces y sólo entonces me plantearé si quiero volver allí contigo, ser traicionero - dijo Seiza enfurecida.

-Después de esto -dijo Hoox-, te prometo que no volveré a molestar a Ashla.

-No me fío de tu palabra -le ladró ella.

-Tu androide fué desmontado hace tiempo -enunció él-. ¿Quieres que ordene a mis técnicos que lo arreglen?

-¿Quieres que compruebe tu otra mejilla? -preguntó Seiza, señalándole acusadoramente con el dedo y mirándole fijamente a los ojos.

-¡No! Muy amable -dijo Hoox, tocándose la mejilla y con una ligera sonrisa-. Con dos tengo suficiente, gracias.

Más cabreada y con toda la dignidad que le fue posible, Seiza dio media vuelta y salió a grandes zancadas medio cojeando por la puerta. Hoox no pudo reprimir una sonrisa, que realmente no sabía a qué era dada, porque la cara le dolía bastante.

Rougem acompañó a Darth Ksar hacia la nave de este último. Las calles de Kerritt seguían pareciendo una zona acosada por la guerra, y en cierto modo lo eran. En menos de cinco calles, Rougem pudo ser testigo de una redada, una batalla campal entre criminales y fuerzas del orden a la luz del día y un enfrentamiento entre dos bandas rivales de cazarrecompensas para ver quién se llevaba el premio por una víctima.

Pero, a la sexta calle, Rougem no vio nada digno de mención.

Bajo su visor oscuro, el cazarrecompensas entrecerró sus ojos. Sólo había un motivo por el cual la actividad se reduciría tanto.

Una emboscada.

Rougem se giró rápidamente hacia Ksar, para acusarle de haber preparado una trampa. El monstruoso Jedi oscuro retrocedió un paso, aparentemente asustado por la imponente furia de su compañero, pero su sonrisa le traicionaba.

Antes de que Rougem pudiese decir nada, sin embargo, alguien gritó "¡Ahora!" y le disparó con un inmenso lanzaproyectiles. Rougem intentó esquivarlo tirándose al suelo, su gabardina ondeó al viento. La carga golpeó el suelo justo a su espalda, provocando una explosión, pero Rougem ya estaba reaccionando: Del interior de su manga surgió una pistola bláster que disparó una vez en la

dirección de la que había venido el proyectil.

El desconocido tirador, que había estado oculto hasta poco tiempo antes, no esperaba que Rougem pudiese esquivar y atacarle, así que no estaba preparado. Ese primer disparo acabó con él.

Otros delincuentes menores surgieron de sus escondites, rodeando a Rougem, o eso creían ellos. Desde detrás de cajas, desde ventanas, desde el interior del suelo, varias docenas de canallas en todos los puntos, y desde todas las perspectivas, se preparaban para atacar a Rougem con armas bláster, de proyectiles o personales.

Darth Ksar había aprovechado la confusión de la explosión inicial para saltar sobre la pared de uno de los edificios, y lo escalaba como una horrenda araña, hasta llegar a la azotea, donde no había ningún delincuente.

-Bueno -susurró Ksar para sí-, consideremos que esto es una prueba para Rougem. Aunque no entiendo cómo han conseguido esos rateros armas tan buenas.

Ksar se acercó a la cornisa y observó agazapado, como una gárgola.

Mientras, Rougem consultaba las lecturas de su visor. 21 objetivos, aún quedaban 5 ocultos. Sólo 8 poseían armas para atacar a distancia; podía ver las lecturas rojas de los cargadores. No estaban muy bien organizados; había una zona, justo a su siete en punto, en la que había tres sujetos con armas bláster y otros dos con armas personales, aunque uno de los sujetos con bláster aún estaba escondido.

Era improbable que su presunto nuevo empleador estuviera detrás de esto. Rougem reconoció algunas de las armas como proporcionadas por Dreddon el Hutt, y recordó que un cargamento de Dreddon se había dado por desaparecido días antes. Conjetura: Un grupo de delincuentes menores, no afiliados a los hutts, se habían hecho con esas armas, y decidieron dar un "golpe" importante para atraer la atención de los hutts y que éstos les contratasen. Si se deshacían de un cazarrecompensas peligroso, seguro que llamarían su atención. Por supuesto, habría bajas, pero cada uno de ellos pensaba lo mismo: "Ahora que tengo un bláster mejor, no seré yo quien caiga".

Rougem miró fijamente al delincuente menor que tenía delante. El susodicho llevaba una pistola bláster pesada y, con una sonrisa realmente patética, apuntó a Rougem, que no hizo ningún gesto para esquivar. Cuando el delincuente apretó el gatillo, Rougem sí esquivó, se giró, extrajo un arma de debajo de su gabardina y disparó una vez hacia donde estaban los tres tipos con armas blásters y dos con armas personales, demasiado juntos.

Rougem parecía haber apuntado demasiado alto, pero el arma que disparaba no lanzó un rayo de bláster. Por el contrario, lanzó una sustancia viscosa y semilíquida, que se inflamó rápidamente al contacto con el aire. La

sustancia ardiente cayó sobre los cinco delincuentes, penetrando rápidamente a través de los poros de su piel. Los cinco, incluyendo el que estaba escondido, se alejaron de ese punto intentando inútilmente apagar el fuego que les cubría.

El autoproclamado líder, que había intentado dar el disparo decisivo a Rougem, había visto cómo su disparo golpeaba inútilmente una pared. Disparó dos veces más contra Rougem en rápida sucesión, mientras le proporcionaba fuego de cobertura un secuaz desde una ventana, justo encima de él, pero Rougem les esquivó a ambos. Rougem disparó una vez al tipo de la ventana, le desequilibró y le hizo caer; el cazarrecompensas sabía que la caída se ocuparía de que abandonase la lucha. Además, cayó sobre su propio amigo.

Quedaban tres armados con blásters, que eran, por tanto, las principales amenazas. Dos de ellos estaban demasiado alejados para poder abatirlos a la vez, así que Rougem sacó un lanzagranadas y disparó dos veces, acabando con los dos tiradores y, de modo casual, con tres enemigos más.

Para entonces, cuatro delincuentes con armas personales, de las cuales la más peligrosa era un vibrohacha, ya se habían acercado a Rougem lo bastante para atacarle. Rougem extrajo su propio vibrofilo y paró los ataques de sus cuatro enemigos, pero en el proceso permaneció al descubierto para que el último bláster le golpease en la espalda. Rougem no sufrió daño alguno; sin duda, llevaba una armadura oculta.

Después, movió rápidamente su vibrofilo y mató a dos de sus enemigos más próximos, hiriendo además a un tercero. Agarró al último y lo utilizó como escudo humano contra el tirador. El tirador no se dejó intimidar y disparó, abatiendo a su compañero. Después, Rougem disparó contra el tirador, matándole a su vez.

Otro delincuente salió de su escondite, llevando un arma que Rougem no había previsto. Era un arma de largo alcance, pero no un arma bláster. Era un arma arcaica que disparaba pequeños proyectiles sólidos a altas velocidades.

Rougem reaccionó rápidamente haciendo un gesto hacia él antes de que pudiese disparar. El veterano cazarrecompensas había disparado, desde un dispositivo en su muñeca, un arma especial. Era una extraña red, de dos metros de largo por dos de ancho, con ganchos en los extremos. La red se expandía poco a poco según se acercaba al criminal, hasta que le embistió, lanzándole contra la pared como si le hubiesen disparado también a él. El criminal quedó clavado a la pared.

Los últimos dos criminales se mantenían cobardemente ocultos en cuanto vieron caer a la mayoría de los suyos. Rougem los tenía localizados, gracias a los infrarrojos de su visor. Miró hacia el punto donde se escondía uno de

ellos y, al saberse atrapado, el criminal salió de su escondite.

Era un hombre grande y musculoso; estaba claro que hacía ejercicio. No llevaba ningún arma visible, sino que alzaba su puño mientras corría hacia Rougem.

Rougem le disparó.

Después se acercó al lugar donde el último delincuente estaba escondido, en posición fetal y llorando. Rougem le conocía, de haberlo visto por Kerritt. No tenía antecedentes. Era un trabajador serio y formal, que últimamente había tenido mala suerte. Probablemente, sólo necesitaba una nueva oportunidad y conseguiría alcanzar una vida mediocre como profesional de segunda.

Rougem le disparó.

Ksar estaba a punto de aplaudir mientras reía como una puerta automática mal engrasada.

-Muy bien, R., muy bien -dijo el monstruo.

Rougem le miró, pero no respondió.

-Definitivamente, eres el hombre que necesito -continuó Ksar-. Créeme, te lo pasarás muy bien en tu nuevo trabajo. Tendrás incluso desafíos a tu habilidad. ¿Qué te parece?

Rougem no respondió, pero caminó al lado de la gárgola sonriente.

La vista de Hoox estaba perdida en las estrellas que se mostraban a través de la inmensa cristalera que le separaba del vacío del espacio. Su cuerpo, erguido con los brazos en cruz sobre el pecho, estaba allí, pero su mente no. Se hallaba inmerso en sus pensamientos, pero esta vez no pensaba en guerras o planes militares a realizar, aún y a pesar de estar a punto de iniciar una de sus peores gestas... Su cabeza había sido tomada por otros sentimientos. Se sentía tan perdido como cualquiera de aquellos brillantes puntos que se alzaban ante el sin orden ni concierto.

-Luchar en nombre de las estrellas -dijo una voz que ya le era familiar.

-¿Ashla te lo dijo? -preguntó Hoox.

-Él me lo dijo, pero comprendí el significado tiempo después por mi cuenta -dijo Seiza mientras se acercaba a la altura de Hoox con los ojos clavados en las estrellas que refulgían en la lejanía y los brazos también en cruz sobre el pecho.

-Hiciste bien -dijo Hoox severamente-. Las verdades en boca de otros no significan nada hasta que las hemos aprendido por nosotros mismos.

-Muy cierto -admitió Seiza.

Varios minutos transcurrieron en el más absoluto silencio.

-Gracias por soltarme -dijo Seiza al tiempo que se daba la vuelta sobre sus talones y se dirigía hacia la puerta que había detrás de ella y por la cual había entrado minutos

antes.

-De nada -dijo Hoox sin inmutarse.

-Todo un detalle, aunque fuera obligado por el interés militar que te une a mí. No cabría esperar otra cosa de un imperial, por supuesto -murmuró Seiza con tristeza. Y después añadió severamente y en un tono mas alto-. No sé por que miras esos sistemas estelares, jamás te importarán nada, jamas serán nada para ti salvo meros objetivos de poder...

-Estás muy equivocada conmigo Seiza -dijo Hoox con cierta tristeza.

-¿Ah sí? -preguntó Seiza mientras se iba acercando de nuevo a Hoox cabreada por la impasividad de este-. ¿Acaso me vas a decir que alguna vez en tu vida has echo algo impulsado por otro sentimiento que no fuera el interés y las ansias de conquista y poder?

Hoox volvió su cabeza y miró a Seiza a los ojos. Luego añadió:

-He visto miles de estrellas a lo largo de mi vida, y tienes razón en algo, jamás han sido mas que meros objetivos para mí. Pero mientras ha sido así, yo he sabido bien qué hacer al respecto -Hoox se detuvo y suspiró levemente antes de continuar hablando sin dejar de mirar a Seiza, a quien se fué acercando lentamente-. Pero, ya que pareces saberlo todo, ¿me dirás tu qué he de hacer cuando de la noche a la mañana una de esas estrellas, uno de esos meros objetivos, me ha sorprendido al brillar ante mis ojos con luz propia, e involuntariamente se ha convertido en algo tan importante en mi vida que apenas puedo respirar sin pensar en ella?

-¿Luchar... por ella tal vez? -dijo Seiza titubeando y salvando apenas las dificultades que la emoción le ponía para poder articular palabra.

Hoox quien se encontraba a escasos centímetros de ella sonrió ligeramente.

-Luchar por ella, tú lo has dicho, luchar por mi estrella- dijo Hoox mientras le acariciaba suavemente la cara y se disponía a besarla.

En ese momento, Nokeis, totalmente ajeno a todo, entró a paso decidido en la sala mientras en voz alta le indicaba a su almirante que se necesitaba su presencia en el puente de mando. Hoox miró a Nokeis con cara de pocos amigos y luego miró a Seiza quien apenas pudo soportar su mirada mas de un segundo sin ponerse colorada de vergüenza, pero con media sonrisa en la cara le indicó que se marchara con Nokeis.

Fin del décimo octavo capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez
para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.